

## JUAREZ, MEXICANO UNIVERSAL

El Ateneo Iberoamericano de París se "asocia de mil amores a la conmemoración del Primer Centenario de Benito Juárez que el pueblo y el Gobierno mexicanos celebrarán a lo largo del año 1972, evocando los variados aspectos de la noble vida y de la ingente obra del Indio zapoteca, a quien yo calificaría de "el más universal de los mexicanos", pues que en vida mereció la admiración de cuantos en el ancho mundo soñaban y luchaban por la libertad, y después de muerto, su pensamiento político adquiere nueva y palpitante actualidad en este mundo atormentado, hambriento de paz y gangrenado de guerras, cada vez que los poderosos de la tierra olvidan el dogma juarista de que *el respeto al derecho ajeno es la paz*.

No es fácil que, transcurridos cien años tan apretados de acontecimientos sensacionales, un hombre de nuestro tiempo pueda concebir lo que Juárez simbolizaba para la mística liberal y revolucionaria de sus contemporáneos. Quizás una anécdota lo realce mejor que cualquier farragosa prueba documental: en un pueblecito de la Romagna italiana vivía a la sazón un oscuro militante socialista, casado con una maestra de escuela rural, los cuales pusieron por nombre a uno de sus hijos Benito —no Benedetto, como se dice en italiano, sino Benito—, precisamente en homenaje de admiración al héroe mexicano. Andando el tiempo, aquel niño, bautizado bajo tan nobles auspicios, había de ser un agitador socialista elocuente, intransigente, demagogo, revolucionario, más tarde apóstata del socialismo —aunque siempre intransigente, elocuente y demagogo— y al fin, tirano de Italia, creador del fascismo, azote de España y Abisinia, fabulador de un imposible imperio mediterráneo: era Benito Mussolini. Mas la apostasía del vástago no desmiente la devoción de sus progenitores hacia Benito Juárez. Lo que prueba la universalidad de su prestigio revolucionario.

## ACTUALIDAD DEL PENSAMIENTO POLITICO DE JUAREZ

Si yo tuviera hoy espacio y aliento para desarrollar una amplia disertación, intentaría y creo que lograría demostrar con buen acopio de datos hasta qué punto los actos y los dichos de Juárez merecen ser universalmente recordados en un momento en que docenas de pueblos apenas salidos de la era colonial se debaten con la circunstancia internacional y con las resistencias interiores para forjarse su personalidad nacional y con las resistencias interiores para forjarse su personalidad nacional, y cuando otros, de rancio y glorioso abolengo, como la Madre España, víctimas de una adversa coyuntura histórica han retrocedido a la proto-historia de su conciencia política.

Todo pueblo que ha conquistado su independencia tiene que afrontar luego la tremenda tarea de forjarse un estado nacional. La idea del estado nacional, de la nación, es una idea moderna, casi contemporánea —cosa que los tratadistas y aun los historiadores olvidan— el punto que algunas de las más insignes, como Italia y Alemania, cuyas ciudades y principados fueron antaño cuna y solera de civilización, apenas si hace un siglo que se constituyeron como tales naciones. Y aun diría yo que todas, incluso las de más rancio linaje, están todavía en el crisol, sin haber cristalizado en su forma definitiva.

Tres momentos, tres etapas, tres revoluciones ha de recorrer un pueblo para convertirse de colonia en nación, generalmente en medio de convulsiones tremendas que son como el dolor y la sangre de todo para sacudirse el yugo extranjero; alumbramiento: la independencia; la reforma, para liberar al pueblo de las castas heredadas de la colonia e implantar la igualdad política y la soberanía popular, y la revolución económica, empresa en que todavía andan empeñadas las más antiguas y adelantadas naciones, con el designio de suprimir

## Homenaje a Juárez en su Centenario

Por FERNANDO VALERA

El 11 de marzo, bajo la presidencia efectiva del embajador de México, Dr. Silvio Zavala se celebró un importante acto conmemorativo del primer centenario de la muerte del ilustre presidente mexicano Benito Juárez. La presidencia de honor fue ofrecida a M. Charles V. Aubrun, director del Instituto Hispánico; a M. Marcel Bataillon, miembro del Institut de France y M. Pierre de Monbeig, director del Instituto de Altos Estudios de la América Latina.

Evocaron la personalidad del eminente hombre de estado y revolucionario mexicano, disertando sobre "Benito Juárez y España", D. Fernando Valera; "Benito Juárez y México", D. Guillermo Landa, consejero cultural de la embajada de México, y "Benito Juárez y Francia", el profesor de Lengua y Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Lille, M. Claude Dumas. El acto fue muy concurrido leyéndose por el secretario del Ateneo D. Antonio Gardó, las adhesiones. Insertamos, íntegro, el discurso del Sr. Valera:

la desigualdad y la injusticia sociales.

En la historia de México, Morelos, con la pléyade de los Padres Fundadores, personifica la *independencia*; Juárez, la *reforma* política, y aún diríamos que es él el que echa los cimientos de la futura *revolución* social que —tras el largo paréntesis porfirista, había de reanudarse con Madero, y desenvolverse con la serie de grandes Presidentes constitucionales entre los cuales, para nosotros los españoles, ocupa preferentísimo lugar —sin menoscabo de los otros— el inolvidable Lázaro Cárdenas.

Pero yo no voy a desarrollar hoy esa flamante y ambiciosa teoría del juarismo, tal vez nacida más de mi gratitud y mi pasión que del conocimiento, pues que yo soy uno de esos españoles que, en México, hallaron generosa tierra de asilo en los días más tristes de su vida, y que se sienten unidos a México por la tumba y por la cuna, toda vez que, como dijera D. Diego Martínez Barrio en el homenaje que la emigración republicana ofreciera en vida al General Lázaro Cárdenas, "allí en México, yacen las tumbas de nuestros padres y se mecieron las cunas de nuestros hijos".

De lo que yo voy a hablar preferentemente es de las afinidades que advierto entre la vida de Juárez y la de los españoles de mi generación, singularmente de los que, habiendo representado un día la voluntad de nuestro país, fuimos luego expulsados de la patria, como lo fuera Juárez, por la confabulación del feudalismo interior y el imperialismo extranjero, y que, como Juárez, no hemos desertado de la trinchera civil, con el designio que él vio al cabo realizado y que en nosotros es todavía un deber irrenunciable y una esperanza inmarcesible, de ver restablecido el orden constitucional.

En el discurso que Benito Juárez pronunciara al abrir las sesiones ordinarias del Congreso de la Unión, el 9 de mayo de 1861, al darle cuenta de la *misión cumplida*, después de recordar que se había encargado del Ejecutivo "en el momento en que las Instituciones eran derrocadas y la República se hundía en los horrores de la guerra civil", pronunció estas palabras coincidentes con nuestro propio evangelio político: "Siempre anhelé como única recompensa de mis afanes durante la lucha, que la Providencia me concediera la satisfacción de presenciar el triunfo del pueblo mexicano y la *restauración completa del orden constitucional*".

Esas palabras de Benito Juárez expresan, digo, el anhelo constante de los españoles que —menos afortunados que él, pues los más han muerto en exilio sin ver su misión cumplida— dirigieron el combate del pueblo español contra la confabulación del despotismo interior y la intervención extranjera: Azaña, Martínez Barrio, Jiménez de Asúa, Maldonado, en la Jefatura del Estado; Giral, Largo Caballero, Negrán, Llopis, Alvaro de Albornoz, Gordón Ordás, General Herrera, Sánchez Albornoz y yo mismo al frente del Ejecutivo.

Todos ellos vivieron, como vivió

Benito Juárez, y los más murieron esperando el día en que pudieran proclamar ante el Parlamento de la nación que la Providencia les había concedido la satisfacción de presenciar el triunfo del pueblo y la *restauración completa del orden constitucional*. Porque eso, el orden constitucional republicano, significa nada más y nada menos que la independencia de la nación, la libertad del ciudadano y la soberanía del pueblo, tres principios sin cuya plena vigencia no se puede decir que exista un régimen legítimo ni una patria verdadera.

Y aun no sería yo fiel a la enseñanza de Benito Juárez si olvidara la lección contenida en estas otras palabras suyas, pronunciadas en aquella ocasión: "En el mismo ardor de la contienda el pueblo sintió la necesidad imperiosa de no limitarse a defender sus legítimas instituciones, sino de mejorarlas, de conquistar nuevos principios de libertad". Juárez concebía el legitimismo republicano como "punto de partida para nuevos y grandes pasos en la senda del progreso", y comprendía la necesidad y el deber "de afianzar radicales reformas que hicieran imposible (en lo futuro) el derrumbamiento de las Instituciones". "El Gobierno —añade— comprendió que su deber se ponía al frente de ese sentimiento nacional y desplegar una bandera que fuera a un tiempo la extirpación de los abusos del pasado y la esperanza del porvenir".

De ese anhelo revolucionario de Juárez nacieron las grandes realizaciones de la reforma: la nacionalización de los bienes de manos muertas, la libertad de cultos, la independencia absoluta de las potestades civil y espiritual, la secularización, por así decirlo, de la sociedad, "cuya marcha estaba detenida por una bastarda alianza en

que se profanaba el nombre de Dios y se ultrajaba la dignidad humana".

Y así fue como, merced a la Reforma de Juárez, México, cuyas Instituciones democráticas habían estado desde la independencia, a merced de esa bastarda alianza de los señores feudales de la tierra y el cielo, pudo entrar con paso firme y ya irreversible por la senda de las grandes conquistas revolucionarias que le han convertido en la primera y más importante nación de habla española en el siglo XX.

## DOS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS DE JUAREZ: EL GENERAL PRIM Y EL POETA ZORRILLA

Cuando el Ateneo Iberoamericano me encomendó que llevase la voz de la España peregrina en esta conmemoración de Benito Juárez, había pensado más bien en consagrar mi discurso, no a la visión que los republicanos de hoy tenemos de su vida y obra, para nosotros magistrales, como habéis oído; sino a exponer cómo las vieron dos españoles de su tiempo.

Uno de ellos, el General Don Juan Prim y Prat, alma más tarde de la revolución de septiembre de 1868 que derrocó la dinastía de los Borbones y entreabrió las puertas a la primera República. Don Juan Prim demostró con actos haber comprendido la significación nacional que Juárez personificaba cuando, por decisión propia, decisión de Prim, se saltó a la torera, como buen español, las órdenes de Madrid— el se acata pero no se cumple de los antiguos castellanos cuando las disposiciones reales se consideraban injustas—, y desobedeció a su soberana, la reina Isabel II, conjurada con los reyes de Europa para arruinar la República de Benito Juárez.

Y el General Prim retiró de Veracruz el contingente de tropas españolas a sus órdenes, el más importante de los hasta entonces desembarcados, tan pronto como se hubo percatado de que el secreto designio de la intervención anglo-franco-española era sustituir la República popular por una monarquía imperial, instaurada o restaurada sin consultar la voluntad de la nación mexicana. ¡Ah, si todos los generales a quienes los gobiernos encomiendan la abominable empresa de intervenir en los conflictos interiores de los pueblos, naturalmente para favorecer los intereses de las castas privilegiadas, tuvieran la misma pulcritud y arrogancia del General Prim...! otro sería el panorama internacional del mundo moderno.

Y al obrar así, Prim enlazaba con la nobilísima tradición liberal de los militares españoles que, como el heroico guerrillero Mina, una vez terminada la guerra de la Independencia española, se fue a pelear contra su rey absoluto, y a morir, en la guerra de la independencia mexicana. Y como el General Don Rafael de Riego, cuyo nombre perpetúa el himno republicano español, romántico, ingenioso, calumniado, héroe y mártir de la libertad. Riego se pronunció en 1820 al frente de los ejércitos que la Monarquía absoluta, en connivencia con la Santa Alianza de los reyes de Europa, enviaba a las provincias de ultramar para sofocar la rebelión de las colonias; porque como él mismo, Riego, proclamó ante sus soldados, en vez de embarcarse para privar de su libertad a los americanos, era mejor quedarse en España para devolver la libertad a los españoles.

Y así fue cómo se restableció el orden institucional quebrantado, como en el México de Juárez, "por una bastarda alianza en que se profanaba el nombre de Dios y se ultrajaba la dignidad humana". Por poco tiempo, pues que tres años después, el despotismo interior y la intervención extranjera —otra vez la intervención extranjera!—, abolian de nuevo la Constitución de Cádiz e inmolaban ignominiosamente al General Riego.

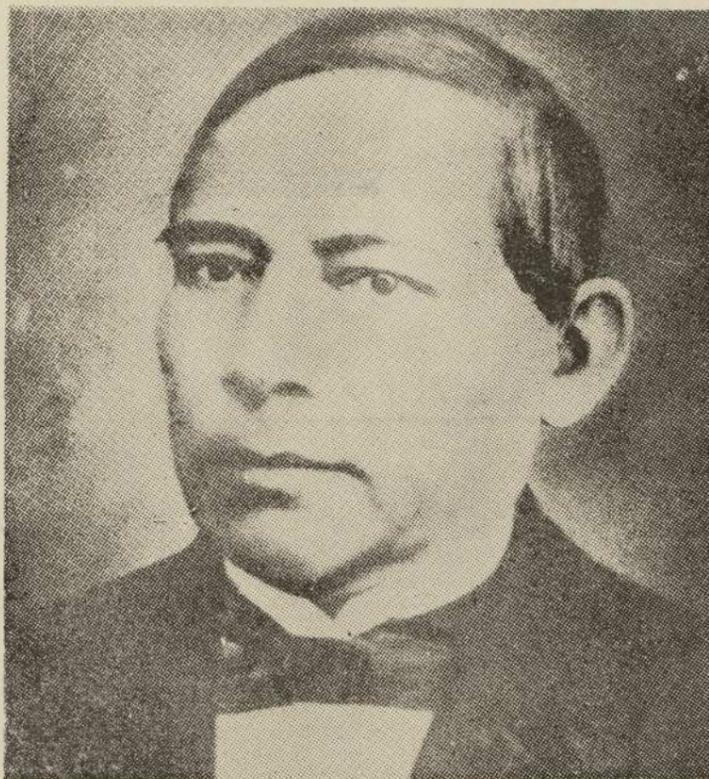
\* \* \*

Y el otro español contemporáneo de Juárez, de quien pensaba ocuparme más extensamente, es el laureado poeta Don José Zorrilla, popularísimo a la sazón en España, merced a su "*Don Juan Tenorio*", probablemente la obra teatral más veces representada en los escenarios del mundo. Zorrilla estuvo en México durante los años en que estaba indecisa la lucha entre el Imperio de Maximiliano y la República de Benito Juárez; pero Zorrilla vio el torneo desde el otro lado de la barricada, como amigo, profesor de español, lector y prodigo del emperador.

De lo que cuenta el poeta, se desprende que Maximiliano era un hombre bondadoso, romántico, gallardo, ávido de gloria, quizás vanidoso, más aficionado al ornato de la Corte que a cuidarse de los áridos negocios del Estado. Cuando el emperador presintió que su estrella declinaba, que Napoleón III y el Papa y los otros soberanos de Europa se desentendían de su suerte, después de haberle embarcado en la aventura mexicana, y previó que en el horizonte se cernía la tragedia de Querétaro, aconsejó al poeta Zorrilla, su amigo, que regresara por una temporada a España, al igual que había enviado a Europa a la emperatriz —desdichada mujer que en el drama perdió el esposo, la corona y el juicio— con la misión de mendigar en las Cortes imperial y pontificia ayuda, o por lo menos misericordia. En ambos casos, probablemente, el emperador quiso ahorrarse a las personas amadas que habían sido testigos de su gloria, el horror de que contemplaran su trágico destino.

Hallándose Zorrilla en España, acaeció la derrota y fusilamiento del emperador, entre sus leales servidores mexicanos Mejía y Marimón, ante los que yo, republicano

(Sigue en la pág. 6)



## Homenaje a Juárez

(Viene de la pág 5)

no y español, me inclino con respeto; porque acostumbrado a ver que el mundo de hoy sólo estima y recompensa a los desleales, admiro y reverencio la lealtad, incluso cuando la encarnan los adversarios de mis ideas. Dadme un hombre leal, aunque esté en las antipodas de mi pensamiento, y podré comprenderle, y hasta, si le viere vencido, amarle; pero no me déis un apóstata, siquiera los azares de la historia le hayan encumbrado al Poder y otorgado el carisma de dar y quitar coronas, porque entre nosotros se abrirá la sima insondable que separa la decencia de la felonía.

### EL POETA QUE NO COMPRENDIO A JUAREZ

Zorrilla escribió luego un poema poco conocido, "Drama en el alma", donde ensalza caballerosamente al emperador vencido. Me prometo y prometo al Ateneo Iberoamericano pronunciar en el curso de este Año Juárez una conferencia o charla consagrada exclusivamente al análisis, desde el punto de vista poético, político e histórico, de este curioso, ya que no pueda decir inspirado, poema épico.

Lo escribió Zorrilla en un período crítico de su estilo y de eclipse de su genio. Declinaba el estro romántico que le hiciera famoso cuando, adolescente, desgreñado y melenudo

*nació como una planta maldita al borde de la tumba de un [malvado]*

En este poema rara vez chisporrotea la inspiración, quizás palabretera, pero imaginativa, brillante y sonora de los "Cantos del trovador", de "El zapatero y el rey", de sus "Orientales, romances y leyendas", como las inmortales de "El Cristo de la vega" y "Margarita la tornera".

Andaba entonces a la busca de una nueva vena poética que más tarde retoñaría en el mejor de sus dramas, "Traidor, inconfeso y mártir" y en los arabescos de su inconcluso poema épico "Granada", donde hay páginas admirables como la evocación de los genios de La Alhambra:

*Oh genios invisibles que erráis en las tinieblas en grupos impalpables, sobre alas [sin color, vosotros, leves hijos del aire y de las nieblas, que, amigos de las sombras, [aborrecéis el sol,*

y como la nostálgica plegaria a la Luna, "casto fanal de la noche, de los creyentes lumbrera, lámpara de la oración", de Moraima, la hija de Aliatar, o como la lamentación "Ay de mi Alhama" del rey Boabdil el Chico, estrofas en donde laten las delicadas metáforas de los poetas árabes de Andalucía junto a la reciedumbre del romance castellano, y se presiente la fantasía deslumbradora de "El Alcázar de las perlas", de Francisco Villalpesa.

Entonces, Zorrilla discurría por los andurriales del prosaísmo, una manera poética pedestre, ramplona e insubstancial en la que sobresalía Don Ramón de Campoamor, de quien Don Juan Valera dijo que era "un gran prosista... en prosa y en verso". Lo importante era conseguir una naturalidad aparente y simploma, más que sencillez:

*el cura del Pilar de la horadada, como todo lo da, no tiene nada. O también: el cura de Alcañices,*

*a la nariz le llama las narices, y lo que sigue. Zorrilla, prodigioso versificador, se abandonaba a esa facilidad, y no cincelaba ya sus versos con trabajo minucioso de orfebre, sino que los soltaba a chorro, con la tonta vanidad de*

simular que era capaz de hablar en verso con igual soltura que el personaje de Molière hablaba en prosa sin saberlo. Incluso pronunció su discurso de recepción en la Academia en unos versos de los que Don Juan Valera dijo que habrían sido tolerables si fueran buenos.

Alguna vez, conseguía efectos asombrosos. Por ejemplo, habiendo asistido en México a una representación desastrosa de su "El puñal del godo", como un espectador rezagado le preguntara al fin de la representación:

*¿qué tal lo hicieron los godos? Zorrilla le respondió al punto:*

*Hombre, lo hicieron tan mal que buscaba yo el puñal para matarlos a todos.*

La mayor parte del Drama en el alma está escrito en sonoras y huecas octavas reales, la estrofa preferida por los épicos castellanos de la Edad de Oro. El mismo Zorrilla, en la carta- envío al ilustre autor de "El sombrero de tres picos", Don Pedro A. de Alarcón, reconoce: "Mi poema es un trabajo literario digno del sacristán que puso en octavas reales la regla de San Benito".

En la edición que yo poseo, al final de la introducción, donde Zorrilla confiesa

*y parte tal de la leyenda mía es narración vulgar, no es poesía, el lector anónimo que antes de mí poseyera el libro, escribió en nota marginal: "Cierto".*

Esto me trae a la memoria, dicho sea de paso y a la ligera, una anécdota pareja, de mis mocedades. Era un invierno frigidísimo, quizás el del año 1917, en Madrid. No sólo por vocación cultural, sino para guarecerme del frío, porque en mi casa no había calefacción, solía pasar yo muchas horas todos los días en la Biblioteca Nacional, frecuentando los clásicos castellanos y leyendo a los grandes filósofos. Un día, en el Diccionario filosófico de Voltaire, tropecé con un artículo consagrado a los jesuitas. Después de ponerlos como no quieren dueñas —Voltaire los conocía bien, por haber estudiado en sus colegios—, el filósofo venía a decir: "Antes teníamos que sufrirlos en Francia, en España y en Portugal, pero ahora los hemos expulsado". Y un lector que me había precedido en la lectura del libro, había escrito en nota marginal: "Ay, pero han vuelto, querido Voltaire".

Digo, pues, que el "Drama en el alma" es un poema prosaico y vulgar —el autor lo reconoce y el lector anónimo lo confirma— consagrado a exaltar la memoria del emperador y, consiguientemente, a execrar el México revolucionario de Benito Juárez. De vez en cuando, surge en medio del prosaísmo un destello del Zorrilla que había puesto en boca de El Cid,

*Por necesidad batallo, y una vez puesto en la silla, se va ensanchando Castilla delante de mi caballo,* como, por ejemplo, en la octava real donde canta las empresas españolas en América:

*Era en el siglo aquél de las hazañas en que hidalgos de rústicos solares abrían a la fe nuevas Españas después que el gran Colón abrió [los mares;*

*y, poniendo, de madre con entrañas, en el pendón la Cruz de sus [altares,*

*iba España por ambos hemisferios abriendo mundos y borrando imperios.*

El canto V, *Vae victis* —ay de los vencidos— está fechado el 19 de julio de 1867 y evoca el fusilamiento de Maximiliano de Austria. El poeta lo contempla horrorizado, en forma de alucinación telepática que se le aparece, bajo las bóvedas de la catedral de Burgos, un día de tormenta a lo Byron o a lo Espronceda:

*Penetran en las naves por los [huecos de sus ojivos dobles ajimeces los relámpagos,*

"los secos truenos resuenan en las hondas capillas", y "sus ecos se prolongan por las insondables lobregueces, de rincón en rincón, de tumba en tumba". Anímase de repente, tomando apariencia de carne humana, las esculturas de un sepulcro de Juan de Borgoña, transfigurándose en los fantasmas del emperador, de Marimón y de Mejía. Y Maximiliano habla al poeta, y le revela su terrible testamento histórico:

*Oye, la tierra entera me abandona. Dios sea juez de los que a tal [abismo me han arrastrado: mi alma les [perdona.*

*Dios me basta. Aquí, en paz [conmigo mismo, la tradición histórica me abona, acompáñame el viejo cristianismo, y asisten a mi muerte desastrada la fe y la gloria de la edad pasada.*

*Francia... se hizo a la mar. Roma [me olvida; pero pierden conmigo estas [regiones.*

*La Iglesia queda tras de mi vendida, muertas las europeas tradiciones. Lo que México mata no es mi vida... [es la vida en América de Europa. ...que la posteridad me justifique.*

*Ni una palabra tú. Dios y la historia hablarán. Deja a Dios que me [vindique;*

*mas, si vuelve a Carlota la [memoria, conocerá tu voz... dila que muero cristiano, emperador y caballero.*

Y luego viene el epílogo, a mi juicio desdichado, en que el poeta demuestra que no ha entendido ni se ha enterado de nada de lo que para México se ventilaba en aquella guerra civil y revolucionaria. Desesperado por la caída y muerte de su protector y amigo, el emperador, a quien compara —¡oh profanación!— con el propio Cristo, víctima expiatoria de pecados ajenos: "No tienen en la tierra quien los vengue los que cual Cristo y él son redentores", se revuelve contra el Papa, contra Napoleón III y contra los reyes de Europa, verdaderos culpables del drama de Querétaro, y les increpa:

*Dios de su raza redentor le ha [hecho y él sus crímenes viejos ha [expiado,*

los viejos crímenes de quienes le lanzaron a la inicua intervención y luego le dejaron caer, con la fría crueldad calculadora de los Estados cuando los pueblos o los hombres han dejado de ser instrumentos útiles para los intereses bastardos de su gran política...

Y en fin, Zorrilla, se revuelve también contra el pueblo mexicano, que Benito Juárez presidía, y que no hizo sino defender heroicamente contra la rebelión interior y la intervención extranjera —como la España de 1936— su independencia, es decir, su República, y le profetiza que su destino nacional, justo castigo al horrendo pecado de no haber admitido una Monarquía extranjera, será convertirse en colonia del imperio yanqui —¡qué mal conocía la fiera altivez mexicana!—;

*Tu libertad con él has fusilado, y en lugar de romper los grillos [viejos, otros grillos más duros te has forjado.*

*México audaz, del regicidio reo, ojalá seas yanqui, y yo lo vea.*

Qué mal conocía, repito, la fiera altivez de los mexicanos, celosa hasta la susceptibilidad, no ya de su independencia, sino de su originalidad nacional, que no es sólo la ancestral raza y cultura precortesiana, ni tampoco la hidalga aportación española, sino al nuevo y rico bronce nacido de la amalgama de tan preciosos metales. Y sin

## RETABLO ESPAÑOL CONMEMORACION REPUBLICANA HOY COMO EN 1931

por FERNANDO VALERA

Se han cumplido cuarenta y un años de la instauración en España de la Segunda República Española. Pronto hará un siglo, el 11 de febrero próximo, que se proclamó la Primera. En ambos casos el pueblo español dio al mundo el ejemplo insólito de derrocar por vía pacífica y democrática una Monarquía anacrónica, instaurando sendas Repúblicas que bien podríamos calificar de futuristas, en cuanto que sus principios y normas pertenecían más bien a un porvenir ideal que a una realidad presente.

España no quiso seguir el ejemplo de Inglaterra, de Francia y de Rusia, y no sacrificó a sus monarcas, porque el pueblo español, digase lo que se quiera, es un caso inaudito e incorregible de civilidad y humanismo. Yo no sé —si como a veces se les reprocha— los republicanos españoles pecaron de bondadosos y de ingenuos, y si hubiera sido más eficaz y prudente copiar la enseñanza de los más prestigiosos pueblos europeos, extirpando de raíz la posibilidad dinástica de toda restauración; pero la verdad es que, a pesar de la amarga experiencia, los españoles nos sentimos orgullosos de lo que hicimos en 1931, y de lo que habían hecho nuestros abuelos en 1873, y como no reconocemos que la bondad sea pecado, después de haber hecho escrupuloso examen de conciencia y sufrido penitencia injusta, no tenemos propósito de enmienda, y volveremos a practicar el mismo inveterado humanismo de antaño cuando se instaure la Tercera y definitiva República.

En realidad, las Repúblicas españolas modernas han sido tres; pues que el régimen constitucional de 1812, restaurado por Riego en 1820, fue prácticamente una República coronada como la que un siglo después preconizaba el elocuente y desventurado Don Melquíades Álvarez, durante el reinado de Alfonso XIII. Una República coronada que había de durar lo que el pérfido Fernando VII tardase en restaurar el régimen absolutista, tras el inevitable golpe de Estado militar, seguido de la consiguiente intervención extranjera. Tres Repúblicas paradigmáticas, pues, instauradas por vía democrática en las Cortes de Cádiz de 1812, en las revoluciones de 1873, y en las elecciones municipales de 1931; tres breves auroras de esperanza, seguidas de sendas y prolongadas noches de feroz absolutismo, en las que corrió a torrentes la sangre de los españoles liberales. ¡Y luego se dice que España no está preparada para la libertad! ¿Es que hay algún pueblo preparado para la tiranía?

Y bueno es realzar aquí la fruición con que los tiranos y sus innumerables cohortes de turiferarios a sueldo suelen justificar las prolongadas eras de violencia represiva, a cuenta de los excesos del siempre breve terror revolucionario: "¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!". Mas, haciendo la cuenta matemática de los crímenes, la verdad es que son infinitamente más numerosos y feroces los que se han perpetrado en nombre del orden restablecido: el terror de Robespierre fue harto más limitado que las matanzas de las guerras de Napoleón, restaurador del orden; los desmanes de la Commune se quedaron en mantillas ante las inmolaciones cometidas por los sicarios de Thiers, frente al Paredón de los Federados en el cementerio del Père Lachaise; los asesinatos de los "incontrolados" durante la guerra civil española, en el bando leal —digo de la guerra civil desencadenada por el General Franco, porque la República no cometió asesinatos; se los cometieron los que estaban al margen de sus leyes—, es un modesto arroyo de sangre si se compara con el océano rojo de la represión franquista. No se trata de hipótesis, sino de hechos matemáticamente cifrados, con prueba documental irrefutable. Orden, orden, ¡cuántos más crímenes se han cometido en tu nombre!

Lo que pasa es que los excesos de la revolución se dicen, se denuncian, se castigan y a la postre se proscriben, porque ello entra en la dialéctica misma de la libertad, mientras que los crímenes de los llamados defensores del orden se silencian, se justifican y hasta se santifican, y sólo concluyen cuando los pueblos se han resignado a la injusticia, al terror y a la servidumbre. Pero no; los liberales y republicanos españoles son incapaces de enmienda. Cuando llegue de nuevo el 14 de Abril —que ha de llegar, porque ello está escrito en los anales del destino— volverán a conducirse con la misma ejemplaridad ingenua y humana de sus predecesores, porque entienden que para ser crueles como los tiranos no vale la pena de conquistar la libertad. Buena o mala —yo estimo que óptima— la divisa de la República española, grabada al fuego para la eternidad por el más autorizado de sus oradores, Don Manuel Azaña y Díaz, en plena guerra civil, bajo las bombas de los aviones enemigos, seguirá siendo: PAZ, PIEDAD, PERDON.

París, abril de 1972.

embargo, Zorrilla había escrito: *A fundir ayudando las mujeres —lazo común de la flaqueza [humana—, del indio astuto y del audaz [hispano se produjo el carácter mexicano.*

Y en otro lugar: *Aquel antes hostil, doble elemento, confundiendo fue más cada día, hasta que ni español ni americano dio de sí un nuevo pueblo: el [mexicano.*

Naturalmente, lo que Juárez y México tenían que defender, lo que defendieron en aquella guerra revolucionaria no era ya la mera tradición hispánica y europea del virreinato, sino la nueva nacionalidad que la historia había forjado del mestizaje de lo español y lo indiano, y que como toda amalgama no era ya ni lo uno ni lo otro, sino el metal nuevo con caracteres propios y distintos.

Ha transcurrido un siglo desde la muerte de Juárez, y la profecía del poeta español no se ha cumplido: el México audaz del regicidio real, no se ha hecho yanqui, sino que ha robustecido su mexicanismo esencial, sin necesidad de cambiar la República juarista por un vice-imperio vasallo de Europa, que es lo que simbolizaba el desventurado Maximiliano. México ha seguido siendo lo que se hizo, lo que es, y lo que será más cada día: MEXICO. Gracias en buena parte a la República revolucionaria y reformadora, afirmadora de la recia personalidad nacional y respetuosa para con las patrias ajenas, personificada históricamente por el gran patricio que recordamos hoy, orgullo de su patria, luminaria de su siglo, y maestro de todos los republicanos del mundo: EL INDIÓ BENITO JUAREZ.